

La vocación y misión de la mujer en la Iglesia

Montserrat Capellas

Corresponsable del Movimiento de los Focolares en Andalucía

Vamos a imaginar por un momento una sociedad formada sólo por mujeres... es raro, ¿no? En la en la sociedad estamos todos, caminamos, miramos, entramos y salidos de un negocio, y por lo general no nos fijamos si somos hombres o mujeres ...

Las mujeres, lo sabemos, no son sólo las que aparecen en algunos programas de televisión, en los anuncios o en muchas revistas, en las redes sociales. Esas son una minoría, tan insignificante que desaparecen no tienen comparación frente a los millones y millones de mujeres, esposas, madres, vírgenes, viudas, casi siempre desconocidas y en el silencio, que hacen de levadura en nuestra sociedad y sirven de pararrayos ante muchas calamidades.

Sabemos que, desgraciadamente, aún hoy hay mujeres, que viven en condiciones lamentables, que no llegan a poder realizarse como personas íntegras. Basta pensar en el porcentaje que corresponde a quienes todavía son esclavas de trata y condiciones similares...

En todo caso, nos podemos preguntar: aun cuando la mujer alcance todas las reivindicaciones legítimas, ¿se sentirá plenamente realizada?

Yo, como mujer de fe en Dios, pienso que las mujeres encontraremos la plenitud de nuestro ser en la experiencia de un encuentro profundo con su Hijo, con Jesucristo. Tener la gracia de encontrarnos hoy con Él, al igual que les sucedió a las afortunadas mujeres de Palestina. Encontrarnos con el Cristo que redimió al hombre y a la mujer.

De hecho, ¿quién puede negar que Catalina de Siena, Rita de Casia, Rosa de Lima, Clara de Asís, Juana de Arco... hayan sido mujeres completas, realizadas plenamente?

Jesús, al anunciar el Reino, no pregunta si tú eres hombre o mujer sino: ¿Tú quieres seguirme? Es algo universalmente admitido que Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la persona, y por tanto, de la dignidad de la mujer y de la vocación que corresponde a esta dignidad. Y esto, en su vida pública, a veces provocaba estupor, sorpresa, incluso llegaba hasta el límite del escándalo. «Se sorprendían de que hablara con una mujer» (Jn 4, 27) Recorriendo las páginas del Evangelio pasan ante nuestros ojos un gran número de mujeres, de diversa edad y condición que tuvieron su momento de encuentro personal con Jesús.

Hoy mujeres de fe, consagras o no estamos en ambientes muy distintos: en diferentes profesiones o en casa, en los parlamentos, en los teatros, en los hospitales, en los organismos de la Iglesia... Y trabajamos para que Jesús, a través de nosotras, esté presente, se haga vivo en todos estos lugares.

Son muchas las mujeres que trabajan en problemas cruciales para la humanidad. Por eso hay quien se ocupa de una distribución más equitativa de las riquezas y de los recursos naturales, de la solidaridad internacional. También nos interesan los problemas actuales del ambiente, de las migraciones, los refugiados, la trata de personas, el desarme, la resolución de conflictos, etc...

En la carta apostólica “Mulieris Dignitatem”, el Papa san Juan Pablo II, hablando de la mujer, evoca la figura de María, la Madre de Dios, y explica la dignidad extraordinaria con la que Dios eleva a la mujer en María.

Se pone en evidencia que la unión con Dios, a la cual todos estamos llamados, en María se realiza de la manera más sublime. Por eso María, “la mujer”, es el prototipo de todo hombre y de toda mujer.

Y a este punto, y como consagrada, creo que no me queda más remedio que hablar de María.

Mirando a María soy consciente de la normalidad y extraordinariedad de su vida, y eso la hace modelo y al mismo tiempo la hace grande a nuestros ojos: Decía un escrito de Chiara Lubich: «Jamás alma humana la vio tan grande. Era más grande que Dios: hecha por Dios más grande que Él» ¡Es Madre de Dios!

Si pienso en nuestra vocación y misión, me siento llamada a vivir María hoy, es decir a llevar al mundo la presencia de Dios. Ella lo hizo siendo su madre física, engendró al Hijo por el Espíritu Santo. Nosotras y nosotros podemos ser madres de Dios si estamos unidas, unidos: “Donde dos o más están unidos en mi nombre... yo estoy en medio de ellos”. Maternidad y paternidad espiritual. Así nos lo dijo Jesús en Mateo 18,20. Por lo que siento y deberíamos sentir todos los cristianos la responsabilidad de que también hoy estas palabras se cumplan.

En una serie de afirmaciones que entresaco de la *Lumen gentium*, los términos ejemplar, modelo, conectan a María con el camino de santidad y las relativas virtudes necesarias para alcanzarla.

Al igual que María, nosotras, queremos no sólo escuchar la Palabra de Dios, el Evangelio, sino que queremos ponerlo en práctica en nuestra vida diaria, con las consecuencias que esto comporta, porque las palabras del Evangelio son Espíritu y Vida...

Es una necesidad el mirar y pensar, el examinar, el reflexionar sobre lo que sucede a mi alrededor y luego poner en marcha los talentos, la imaginación y pidiendo la Luz del Espíritu Santo, con inteligencia creativa ver qué y cómo se puede encarnar Su Reino en el mundo; es verdad que es un trabajo interno, de alma, pero con todo el corazón y con todas las fuerzas que Dios nos da. Para que se refleje a nuestro alrededor.

La mujer consagrada es libre, Dios nos pone en el corazón una llamada; es una invitación, no una imposición. Aceptas esta llamada libremente, acogiendo el don que Dios nos hace en una reciprocidad relacional en la que dos libertades se encuentran: la de Dios y la mía. Dios deja que la vida se expanda autónomamente, acompañándola, pero haciéndola independiente. La nuestra no es una respuesta pasiva (hacer la voluntad de Dios); es libertad activa con un SI como respuesta a su Amor. En esta respuesta no se te dan certezas humanas, sino que te fías del Espíritu. Creo que esto es lo que se nos pide a cada cristiano.

Como decíamos, en la “Mulieris Dignitatem”, san Juan Pablo II habla de María, como Virgen que llega a ser Madre del Hijo de Dios. Estas dos dimensiones, Virgen y Madre, de la vocación femenina se han encontrado y unido en María de modo excepcional, de manera que una no ha excluido la otra, sino que la ha completado admirablemente.

En nosotras mujeres consagradas coexisten la virginidad y la maternidad, una maternidad que es consecuencia de la frase del Evangelio: “*Quien deja todo...Tendrá cien madres, padres, hijos...*”

En la virginidad entendida así, se expresa el llamado *radicalismo del Evangelio*: Dejarlo todo y seguir a Cristo (cf. Mt 19, 27), lo cual no puede compararse con el simple quedarse soltera o célibe, pues la virginidad no se limita únicamente al «no», sino que contiene un profundo «sí» en el orden esponsal: el entregarse por amor de un modo total e indiviso.

El Evangelio propone la consagración de la persona, es decir, su dedicación exclusiva a Dios en virtud de los consejos evangélicos, cuya encarnación más perfecta es Jesucristo mismo, y esto se entiende en la economía salvífica de Dios.

Como decía al principio, en la historia de la Iglesia, desde los primeros tiempos, al lado de Jesús había, junto a los hombres, numerosas mujeres. En primer lugar, vemos a aquellas mujeres que personalmente se habían encontrado con Cristo y le habían seguido. Aquellas mujeres, y después otras, tuvieron una parte activa e importante en la vida de la Iglesia primitiva, en la edificación de la primera comunidad desde los cimientos mediante los propios carismas y con su servicio multiforme.

El testimonio y las obras de mujeres cristianas han incidido significativamente tanto en la vida de la Iglesia como en la sociedad. También ante graves discriminaciones sociales, mujeres santas han actuado «con libertad», fortalecidas por su unión con Cristo. Una unión y libertad radicada así en Dios explica, por ejemplo, la gran obra de Santa Catalina de Siena en la vida de la Iglesia, o de Santa Teresa de Jesús en la vida monástica.

También en nuestros días la Iglesia no cesa de enriquecerse con el testimonio de tantas mujeres que realizan su vocación a la santidad. San Juan Pablo II hablaba de «*genio*» femenino y manifestaba que “la dignidad y la vocación de la mujer y todo lo que en ella es inmutable y no pierde vigencia, es porque su último fundamento es Cristo, quien existe ayer, hoy y siempre”. Y Cristo espera de ella la realización de aquel «sacerdocio real» (1 Ped 2, 9) que es la riqueza dada por Dios mismo a todos los hombres y a todas las mujeres. Entonces se cumplirá definitivamente la verdad de que «la mayor vocación es la caridad» (1 Cor 13, 13).

A veces se ha pensado que la característica de la mujer tendente al amor parecería que no es compatible con una función de gobierno. En una reciente entrevista a María Voce actual presidente del Movimiento de los Focolares, ante una pregunta sobre este argumento respondió:

“¿Amor o gobierno en contraposición? Yo diría que no se puede gobernar sin amor. De hecho, gobernar significa hacer crecer a una persona, un grupo, un organismo, hacer que exprese lo mejor de sí para favorecer la actuación del designio de Dios sobre cada uno. Y esto no se puede hacer sin amor, se acabaría por dominarlo, y el dominio no es gobierno”.

Creo que es importante trabajar juntos hombres y mujeres, entrar en los organismos de consulta, también en la Iglesia, de pensamiento o de decisión para que se escuche nuestra voz femenina, las mujeres podemos tener en muchas ocasiones una influencia mayor de la que tiene incluso un director espiritual...

Las mujeres, por otra parte, tenemos un papel “esencial e insustituible” como protagonistas en la promoción de la paz y la reconciliación, especialmente “dentro de la familia, la comunidad local y social en la que vivimos”. Pensemos en las madres de la plaza del 2 de mayo en Argentina, las madres árabes y cristianas que en Tierra Santa se reúnen para crear espacios de paz y ‘fraternidad’ entre ellas y con sus pueblos... Pensemos en una Madre Teresa de Calcuta, ganadora en el ’79 del Nobel por la Paz, o una Chiara Lubich que recibió el premio Unesco 1996 “Por la educación a la paz”, por citar dos mujeres con una labor invisible pero insustituible.

Pienso que nuestra misión es: hacer del mundo un Paraíso (así en la tierra como en el Cielo, decimos en el Padrenuestro), al menos hacer que podamos experimentar pedacitos de Cielo por la presencia de Dios en medio de su pueblo y podemos hacer que todos, sin distinción de edad, de credo... experimenten, aún sin saberlo ellos mismos, (pero sentirán) paz, alegría, compromiso, deseos de hacer el bien, todos dones que se despiertan o aumentan por la presencia de Dios.

Para finalizar, creo que nuestra misión es humanizar, discernir, transformar, regenerar a partir de la Palabra escuchada y vivida; “Se haga en mí según Tu Palabra”. A nosotras hoy nos corresponde vivir para ser, como María, signo de una Humanidad renovada por la Palabra vivida.

